



Angélica Ming Forcada

B1A



99

*..Para el conocimiento:*

A veces, en la noche, cuando me quedo muy muy quieta y cierro los ojos, lo escucho. Cuando los recuerdos invaden mi memoria y me siento en el frío suelo de la habitación lo veo.

Ante mis ojos, aparecen esas imágenes que ya me sé de memoria, esas que a la fuerza se han grabado en mí. Esas que ya nunca podré borrar, y que traen a mi memoria, recuerdos de todo lo que no debería haber pasado pero pasó. Esas que impregnan mis sueños de aquellos restos de la guerra que quedaron grabados en mi corazón. Una guerra que empapa mi soñar de sangre, dolor y miedo.

Solo aferrandome a mi viejo cuaderno, logro que cesen, que las imágenes que perturban mis noches, interrumpan su brotar. Cuando de mi interior comienzan a nacer las palabras, los recuerdos se disipan, las imágenes se oscurecen y así logro descansar.

Con un pesar que atormenta mi corazón y mi vida, pero con una vía de escape. Una vía que me ayuda de la más ínfima manera a huir de la guerra. Que me permite poco a poco, recordar aquello a lo que antes llamaba felicidad y olvidar todo el desastre de mi presente.

A veces, cuando escribo, recuerdo todo aquello antes de la guerra, recuerdo los verdes jardines que cubrían mi pueblo, recuerdo las tardes con amigos en el parque, pero sobre todo, recuerdo a mi maestra de filosofía, es a la que me he obligado cientos de veces a olvidar, pero que jamás he conseguido hacerlo. En realidad, creo que es una de esas personas que no se pueden olvidar nunca.

Ella era una gran maestra, ella nos quería, nos quería de verdad.

Todos la llamábamos Iryna, apareció en nuestra clase un soleado día de primavera, las flores cubrían los campos del instituto y una pequeña ardilla, recorría las ventanas de las clases, buscando el cariño de los niños.

Mi instituto era un lugar en el que reinaban los marcapáginas, en cualquier rincón, en cualquier estantería, sobre las mesas de la cafetería, siempre, un marcapáginas. Eran un lugar plagado por las letras, los libros inundaban los pasillos, la belleza de la enseñanza impregnaba los corazones.

Aquel día, el día en que ella llegó, todo cambió. Por primera vez, nos hablaron como adultos. Por primera vez, sentimos que nuestros miedos e inquietudes servían para algo. Por primera vez nos contaron todo aquello que todo el mundo sabe pero que es complicado de explicar. Por primera vez, nos sacaron de la caverna.

Ella era una maestra joven, una maestra buena, una maestra rusa.

Desde que llegó, se despertó en mí, un sentimiento que jamás había experimentado, de pronto, en mi cabeza aparecieron cientos de interrogantes, nació en mí una devoción por el

conocimiento y una devoción más fuerte aún por el desconcierto de lo que no se llega a conocer.

Me sentía viva, por primera vez en mucho tiempo.

Me duele recordarla, me duele saber como se la llevaron, me duele no saber como acabó. A menudo, busco su nombre en el viejo ordenador de nuestra nueva casa, y nada. Trato de recordar aquellas clases en las que sentí que mi vida servía para algo, trato de recordar aquellas paradojas que invadían mis pensamientos cuando ella nos hablaba, y nada.

¿Cómo es posible que se le dé muerte al conocimiento, a la enseñanza, a la vida?

Desde que dejó las clases no puedo pensar, ni recordar. Desde que dejó las clases, me duele el escribir. En aquellos momentos, en los que anhelo el conocer brotando de sus labios, recuerdo aquellas líneas leídas en clase de María Zambrano “ la palabra perdida que nunca volverá, el sentido de un pensamiento que partió.”

Tras cuatro meses de su marcha, y con un sentimiento de traición hacía una educación en la paz; en un ahora lejano quince de mayo, el reloj marcaba las doce y cuarto. Estábamos leyendo a Poe, Edgar Allan Poe; toda la clase escuchaba en su imaginación el latido del sangriento corazón y página tras página, los escalofríos recorrían nuestros cuerpos. De pronto, aquello que nunca debió, ni debería suceder sucedió.

Tras un alarido como el de una bestia, un terrible estruendo inundó las aulas. Una niebla opacó mis ojos, y un intermitente pitido comenzó a retumbar en mi cabeza. Escuchaba gritos y golpes sordos, recuerdo estar tirada sobre un montón de libros de Schopenhauer, cuando alguien me levantó.

A veces, me da vergüenza reconocerlo, pero no pude abrir los ojos. Recuerdo estar rodeada de gritos y terror, recuerdo un punzante dolor atravesando mi antebrazo, recuerdo el mareo que invadió mi consciencia, pero no recuerdo haber visto nada. No lo recuerdo porque nada fué lo que ví, no pude hacerlo. No pude enfrentarme al dolor, al miedo, a la guerra.

Aún recuerdo estar tumbada en aquel viejo hospital, una fina sábana cubría mis brazos desnudos cuando grité. Quería un cuaderno, lo necesitaba.

Aquel día escribí, y escribí y escribí. Aquel día me sangraron las yemas de los dedos y las lágrimas inundaron mis escritos. Aquel día lo supe. La vida era demasiado compleja como para no escribirla.

Aún conservo ese cuaderno, lo guardo como si fuera el principio de mi existencia, como si del motor inmovil de mi vida se tratará. Lo guardo porque me salvó.

Iryna no habría podido soportarlo, no habría podido ver, cómo se destruían antes sus ojos los templos del conocimiento, de la enseñanza, de la vida. Ella no hubiera aguantado un segundo ante un libro cuyas páginas estaban siendo devoradas por las llamas. No habría soportado presenciar cómo se mancilló el templo de la vida, de la libertad, de las letras.

La recuerdo muy bien y eso me hace daño; recuerdo lo nerviosa que estuvo los últimos días que acudió a las clases, recuerdo como observaba las ventanas, buscando ver algo, que yo aún no podía imaginar.

Recuerdo haber visto, el miedo grabado en sus ojos cuando los hombres de negro entraron para llevársela; cuando cinco de los hombres cubiertos con unos pasamontañas oscuros apuntaron con sus metralletas a los niños más mayores.

Recuerdo como nos suplico que nos sentáramos en el suelo, susurrandonos que todo iba ir bien, que no tuviéramos miedo.

Recuerdo que pasó por mi lado y dejó sobre mis rodillas un libro, un libro que a día de hoy todavía no he podido leer.

Recuerdo como avanzó por la clase, rogandonos que mantendríamos el silencio. Recuerdo como se la llevaron.

Desde entonces, no la he vuelto a ver nunca más y no creo que nunca lo haga.

Tras llevarse a Iryna de la clase, todos permanecimos en silencio, estábamos invadidos por el miedo, no sabíamos qué hacer. De pronto un chico se levantó y gritó: "Ataraxia" Eso fue lo último que nos dejó Iryna, eso fué lo que escribió en la vieja pizarra.

Ataraxia, calma, tranquilidad.

Desde ese día, la sonrisa que antes era característica en mi rostro, se ha convertido en una mueca de dolor. Desde ese día, supongo que me dí cuenta, de que, el hombre es el lobo hombre y no necesita de ningún factor externo para ser corrompido.

Ese día y los que le sucedieron, me enseñaron que la libertad y la enseñanza, son las frágiles columnas que sostienen nuestra sociedad. Columnas que si poco a poco van cayendo, o vamos destruyendo, acabarán por tirarnos a nosotros también.

Iryna, aún te busco, te buscamos. Gracias, por llevar el conocimiento a mi vida, por bajar la filosofía a la calle, donde así, podemos alcanzarla todos. Iryna, gracias por aguantar todo lo que aguantaste para llevar cada día a clase una sonrisa.

Esto es para tí. Porque algún día, seré maestra de un instituto, una maestra en un país de paz. Algún día trataré de llevar a las aulas todo lo que tú nos enseñaste. Algún día, la educación volverá a ser libre y segura para todos.

Algún día, te encontraré.

AMALIA MARTÍNEZ

## LAS ESPINAS DEL OCASO.

Las espinas de una rosa escarlata derraman mi desventura,  
y las plateadas lágrimas de mi pesar inundan el campo cercenado,  
mientras la lejana voz de un justiciero quiebra el dorado cielo.

Rezagado oteo los esqueletos danzar el ocaso de su vida,  
de su lozanía maltrecha, de su vida marchita, de su ilusión amputada,  
rezando con amargura la plegaria de mi último despido:

“Malditas sean las manos que sellaron el destino,  
ahogado entre los gritos de auxilio,  
adoquinado con las perlas ensangrentadas del renombre,  
selladas con el sudor de nuestra bravura,  
endebles como la niebla,  
etéreas como el sueño.

Malditas sean las balas que nuestro porvenir destriparon,  
malditas sean las sogas que nuestros cuellos amarraron,  
malditas sean las palabras que nuestro génesis asieron,  
que lo rasgaron y pisotearon, escupieron y violaron.

Maldita sean las promesas que sellan el pergamino,  
que pertrechan la holgura de tu savia envenenada,  
que copean la victoria de una imprenta atávica,  
atisbando en el horizonte el oasis de una estirpe lapidada”

Grito hasta que la cuerdas de mi tenue melodía cesen,  
para pedir con los ojos ensangrentados y los sueños mutilados  
la justicia, el término de esta larga velada.  
Para correr el telón, y asesinar al escritor,  
encarcelar al pregonero, y ajusticiar a la muchedumbre  
que con risa socarrona clava, cual daga de zafiro, la tersa carátula de su comedia.

Las espinas de una rosa inundan el campo,  
regadas por las lágrimas de entes enterrados,  
que oran entre el oscuro cielo, tras el último doblar de campanas,  
el cese postremo de la guerra que toda su vida ha ejecutado.

Armin Helic Ibarra,  
2ºBto, A.